

Prefacio a la nueva edición

Agua pasada: reflexiones sobre *Pensando el sexo*

*A la incomparable Eve Sedgwick,
cuya ausencia en nuestras vidas
ha sido tan sentida y tristemente notada.*

La lucha contra el olvido

Casi cuarenta años después de su publicación, me han pedido que reflexione sobre mi ensayo *Pensando el sexo*. Cuarenta años es demasiado tiempo. Un indicador de ello es la tecnología de la producción textual. Compré mi primer ordenador un año después de que *Pensando el sexo* fuera enviado a la editorial. Es decir, este libro se escribió a la antigua usanza: en una máquina de escribir. Se editó cuando «cortar y pegar» todavía significaba cortar el papel con tijeras de verdad y volver a montar las piezas con pegamento de verdad. Al leer las resmas de material generado por las controversias de las primeras

guerras sexuales feministas, recordaba continuamente que casi todos los innumerables volantes, folletos, artículos, panfletos y cartas al editor se hicieron sin ordenadores. A principios de la década de 1980 existía Internet, pero todavía era un dominio exclusivo del Ejército, los científicos y los programadores e informáticos. Además, la mayor parte de las comunicaciones se realizaban por medio de teléfonos fijos y correo postal.

Otro indicador del cambio es el propio ensayo que tienen entre manos. Aunque el documento fue el resultado de la intersección de diferentes agendas intelectuales y preocupaciones políticas, su recepción inicial se observó desde las agrias controversias surgidas al calor de las guerras feministas por el sexo, lo cual ha contribuido a oscurecer las preocupaciones intelectuales y las contribuciones académicas del ensayo. Como resultado, muchas de las primeras respuestas a *Pensando el sexo* fluctuaron entre la condescendencia y la más hostil de las indignaciones.¹

- 1 Véase, por ejemplo, Rich, B.R. (1985), «Is There Anything New under the Covers?», *These Times*, 19, pp. 20–26. En Rich, B.R. (1986), «Review: Feminism and Sexuality in the 1980s», *Feminist Studies*, 12, pp. 525–61, Rich me criticó sin comprometerse en absoluto con analizar *Pensar el sexo* en un ensayo que abarca varios libros, entre ellos *Pleasure and Danger*. En Valverde, M. (1985), *Sex, Power, and Pleasure*, Women's Press, Toronto, pp. 17–18, 150–155, Mariana Valverde consiguió desestimar *Pensando el sexo* mientras utilizaba un lenguaje conceptual (como la «Teoría del Dominó») casi idéntico al mío, pero sin atribución. Véase también Wilson, E. (1983), «The Context of “Between Pleasure and Danger”: The Barnard Conference on Sexuality», *Feminist Review*, núm. 13, pp. 35–41, aunque los comentarios de Wilson se basaban en

A medida que los conflictos dentro del feminismo se han ido enfriando, los aspectos académicos del ensayo se han hecho más visibles y destacados. Podríamos afirmar que su recepción ha pasado de lo académico a lo escandaloso y viceversa.

Pensando el sexo se publicó por primera vez en el libro *Pleasure and Danger* (Placer y peligro), de Carole Vance, publicado en 1984, una antología de ponencias de la Barnard Sex Conferce (Conferencia sobre el sexo en Barnard), de 1982, donde yo había impartido una taller de lo que más tarde se convertiría en *Pensando el sexo*.² La conferencia, ocurrida en el Barnard College, se ha hecho extremadamente famosa desde entonces, en gran parte porque presencié una de las batallas más encendidas en las guerras feministas en torno al sexo. Pero lo

la conferencia y no en la versión publicada. Una grata excepción fueron los reflexivos y comprometidos comentarios de Michèle Aina Barale en Barale, M.A. (1986), «Review: Body Politic/Body Pleasured: Feminism's Theories of Sexuality, a Review Essay», *Frontiers: A Journal of Women's Studies*, 9, pp. 80–89. Un ejemplo de las críticas hostiles fue Bart, P.B. (1986), «Review: Their Pleasure and Our Danger», *Contemporary Sociology*, 15, pp. 832–835. Véase también Jeffreys, S. (1990), *Anticlimax: A Feminist Perspective on the Sexual Revolution*, Women's Press, Londres, p. 274; y Bar On, B-A. (1994), «The Feminist Sexuality Debates and the Transformation of the Political», en Card, C., ed., *Adventures in Lesbian Philosophy*, Indiana University Press, Bloomington, pp. 51–63.

- 2 Rubin, G. (1984), «Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality», en Vance, C.S., ed., *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, Routledge and Kegan Paul, Boston, pp. 267–319.

que realmente ocurrió en la conferencia ha sido ampliamente malinterpretado. En su discurso de apertura de la conferencia, denominado *Rethinking Sex*, Heather Love comentó que ella, que no asistió a Barnard, tenía miedo de haberse perdido algo. Yo, en cambio, siento el horror de haber estado allí. El ataque a la conferencia de Barnard fue un episodio particularmente repelente en lo que, por desgracia, fue un patrón de conducta repetitivo. Algunos defensores de la antipornografía prefirieron recurrir a los ataques *ad feminem* y a la difamación en lugar de debatir las cuestiones de fondo. Intentaron excomulgar del movimiento feminista a cualquiera que no estuviera de acuerdo con ellos, y sabotearon agresivamente los eventos que no se adherían a la línea del partido contra la pornografía. Esta conducta dejó un amargo legado para el feminismo. Al igual que muchas otras personas involucradas en las guerras feministas sobre el sexo, quedé profundamente traumatizada por la ruptura del civismo feminista y el trato venenoso al que se sometía habitualmente a quienes disentían de la ortodoxia antiporno.³

Había estado trabajando en las ideas presentadas en mi taller para la conferencia en Barnard durante varios años. Había dado charlas sobre estos temas en la Universidad de California, Berkeley; la Universidad de California, Los Ángeles; la Universidad de California, Santa Cruz;

3 Véase Morgan, R. (1984), *The Anatomy of Freedom: Feminism, Physics, and Global Politics*, Anchor Books/Doubleday, Garden City, Nueva York, p. 115; y Willis, E. (1982), «Who Is a Feminist? A Letter to Robin Morgan», *Village Voice*, Literary Supplement, pp. 16–17.

y el Instituto de Humanidades de Nueva York. En todos estos lugares, la respuesta del público no fue destacable, y los debates que se produjeron fueron los típicos de los actos académicos: animados y comprometidos, a veces con más argumentación, pero siempre educados.

Sin embargo, una vez que las primeras activistas feministas antiporno me identificaron como un enemigo público, mis apariciones públicas se convirtieron en excusas para protestar contra mis argumentos, no solo sobre la pornografía sino sobre cualquier otro tema. La protesta contra mi participación en la conferencia de Barnard fue la que más polémica generó de todos estos intentos de silenciamiento e intimidación, pero no fue la primera ni la última. La oposición había comenzado unos años antes de la conferencia, y continuó durante más de una década. Hubo algunos primeros episodios en la zona de la bahía a finales de la década de 1970 y, en comparación con los posteriores, fueron relativamente suaves. Por ejemplo, alrededor de 1979, estaba programada una presentación sobre Michel Foucault en un panel para un grupo informal de discusión marxista-feminista en Berkeley. Varios miembros antiporno del grupo consideraron que no se me debía permitir hablar. Después de que fracasara una campaña para que me retiraran del panel, los que se oponían a mi participación boicotearon el debate. En otro incidente, un grupo local de gays y lesbianas de izquierdas protestó porque me habían invitado a participar en una mesa redonda sobre las diferencias y similitudes políticas entre lesbianas y gays. Este tipo de situaciones proliferaron y se

volvieron cada vez más virulentas. No fui el único objetivo. La lista de feministas ostensiblemente inaceptables se fue ampliando con el tiempo y acabó incluyendo, entre otras muchas, a Dorothy Allison, Pat Califia, Lisa Duggan, Dierdre English, Amber Hollibaugh, Nan Hunter, Joan Nestle, Cindy Patton, Carole Vance y Ellen Willis.

Revisar mis recuerdos sobre aquellos días es, en el mejor de los casos, una acción agridulce. No obstante, es una buena oportunidad para situar mi ensayo en el contexto en el que se produjo y recordar las condiciones históricas que le dieron forma. Jonathan Ned Katz, uno de los fundadores del campo moderno de la historia de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales, termina sus correos electrónicos con el lema «Lucha contra el olvido».⁴ Aunque estos recuerdos puedan resultar dolorosos, me alegra ser un soldado de a pie en la lucha contra el olvido.

Los textos siempre se producen en determinadas circunstancias históricas, sociales y culturales, y forman parte de conglomerados discursivos que cambian con el tiempo. A medida que los escritos se leen en nuevos contextos, las conversaciones y los temas que los formaron a menudo se olvidan o se desconocen. Varias partes de *Pensando el sexo*, concebidas a lo largo de los últimos años de la década de 1970 y los primeros de la década de 1980, fueron moldeadas por tres acontecimientos principales. El primero

4 El historiador Jonathan Ned Katz acuñó este eslogan, que ahora adorna el sitio web www.outhistory.org, un sitio sin ánimo de lucro creado por la comunidad sobre la historia de lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, queer y heterosexuales.

fue el cambio de paradigma que se estaba produciendo por entonces en el estudio de la sexualidad. Mi trabajo intentaba sintetizar un marco analítico que había surgido en la historia gay, la historia feminista y la historia de la sexualidad a finales de los años setenta. Estos intereses teóricos sirvieron de base para un proyecto de investigación etnográfica sobre los hombres homosexuales urbanos, la formación de barrios gays y la economía política de la identidad sexual. El segundo desarrollo consistió en las guerras sexuales feministas, en las que estuve profundamente implicada, y de las que formaron parte los acontecimientos de la conferencia de Barnard. La tercera fue la acechante amenaza de la derecha conservadora, que estaba adquiriendo una influencia cada vez mayor en la política, el discurso público, las legislaciones estatales y en la regulación de la sexualidad en Estados Unidos.

Cambio de paradigmas del sexo

Con todo el respeto que me merecen las organizadoras presentes en la conferencia *Rethinking Sex*, no creo que mi ensayo «inaugurara el campo de los estudios contemporáneos sobre la sexualidad».⁵ Mi propio trabajo fue el producto de un conjunto más amplio de transformaciones intelectuales en el estudio del género y la sexualidad, que ya estaban en marcha en la década de 1970. También bebe

5 «Welcome Statement», «Rethinking Sex» conference brochure.

de muchos de los mismos desarrollos que influyeron en escritores y académicos como Allan Bérubé, George Chauncey, Madeline Davis, John D'Emilio, Martin Duberman, Jeffrey Escoffier, Estelle Freedman, Eric Garber, Jonathan Ned Katz, Liz Kennedy, Joan Nestle, Esther Newton, Jim Steakley, Martha Vicinus y Jeffrey Weeks, por nombrar solo a un puñado de personas que trabajaban en lo que se convertiría en los estudios sobre gays y lesbianas. Este estallido de actividad académica se produjo en gran medida por los movimientos sociales –centrados en el feminismo y la liberación gay– que tuvieron lugar tanto dentro como fuera de la academia. Los primeros años de la década de 1970 fueron los de la primera Conferencia de Berkshire sobre la Historia de las Mujeres, las conferencias de la Unión Académica Gay y la fundación de revistas como *Feminist Studies* y *Signs*. A mediados de esta misma década, la polinización cruzada de conceptos y datos de la antropología, la sociología y la historia ya había dado lugar a una nueva formación teórica. En 1977, Weeks se inspiró en su formación en sociología e historia para articular un marco de trabajo para articular una historia gay que llegaría a denominarse como «la construcción social del sexo».⁶

6 Weeks, J. (1977), *Coming Out: Homosexual Politics in Britain, from the Nineteenth Century to the Present*, Longman, Londres. Véase también Hansen, B. (1979), «The Historical Construction of Homosexuality», *Radical History Review*, 20, pp. 66–75; Padgug, R. (1979), «Sexual Matters: On Conceptualizing Sexuality in History», *Radical History Review*, 20, pp. 3–23.

La construcción social era poco más que la aplicación a la sexualidad y el género de las herramientas habituales de las ciencias sociales. Lo que parecía tan radical era, en muchos aspectos, un conjunto de enfoques convencionales para un conjunto de áreas temáticas poco convencionales y muy estigmatizadas. Como Vance observa a menudo en sus conversaciones, lo más extraño no es que se desarrollaran teorías basadas en el construccionismo social de la sexualidad, sino el tiempo que se tardó en llevarlo a cabo. Al demostrar que los erotismos que surgía entre personas del mismo sexo así como el comportamiento entre géneros eran histórica y culturalmente específicos, la construcción social eliminó los supuestos obsoletos, generó nuevos programas de investigación y legitimó nuevos temas de debate. A pesar de la controversia inicial y de algunas discusiones persistentes, los principales supuestos de la teoría de la construcción social constituyen ahora el terreno en el que se desarrolla la mayor parte de la investigación queer. Es fácil olvidar cómo era el campo antes de ese cambio de paradigma, cuando, entre otras cosas, gran parte de la historia gay se centraba en la búsqueda de ancestros gloriosos, mientras que la homosexualidad masculina y el lesbianismo se entendían como fenómenos estables y en gran medida inmutables. El ensayo *Pensando el sexo* formó parte de ese fermento intelectual que reconfiguró el estudio de la sexualidad a finales de la década de 1970.⁷ Generado

7 Este cambio de paradigma se produjo en una amplia franja de investigadores de forma más o menos simultánea. Además de

por la emoción de mis primeros encuentros con el marco del construccionismo social, el ensayo fue un intento de elaborar algunas de sus implicaciones, especialmente con respecto a mi propia investigación etnográfica sobre poblaciones y lugares sexuales en los entornos urbanos.

Ya me he quejado anteriormente en la prensa sobre la amnesia que oscurece a los primeros estratos del pensamiento sobre homofilia y la liberación gay.⁸ Quiero señalar, al menos de pasada, que el olvido de este cuerpo de trabajo se derivó en parte de la escasez de apoyo institucional

mi propio ensayo, véase Walkowitz, J., y Walkowitz, D.J. (1973), «“We Are Not Beasts of the Field”: Prostitution and the Poor in Plymouth and Southampton under the Contagious Diseases Act», *Feminist Studies*, núms. 3–4, pp. 73–106; Foucault, M. (1978), *The History of Sexuality, Vol. 1, An Introduction*, Pantheon, Nueva York; Padgug, (1980), «Sexual Matters: On Conceptualizing Sexuality in History»; Hansen, «The Historical Construction of Homosexuality»; Walkowitz, J., *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State*, Cambridge University Press, Cambridge; Vance, C.S. (1989), «Social Construction Theory: Problems in the History of Sexuality», en Altman, D., et al., ed., *Homosexuality, Which Homosexuality?*, GMP Publishers, Londres, pp. 13–34; Vance, (1991), «Anthropology Discovers Sexuality: A Theoretical Comment», *Social Science and Medicine*, 33, pp. 875–884; Epstein, S. (1996), «A Queer Encounter: Sociology and the Study of Sexuality», en Seidman, S., ed., *Queer Theory/Sociology*, Blackwell, Cambridge, pp. 145–167; y Rubin, G. (2002), «Studying Sexual Subcultures: The Ethnography of Gay Communities in Urban North America», en Lewin, E., y Leap, W.L., ed., *Out in Theory: The Emergence of Lesbian and Gay Anthropology*, University of Illinois Press, Urbana.

8 Rubin, G. y Butler, J. (1994), «Interview: Sexual Traffic», *Differences*, 6, núms. 2–3, pp. 62–99.

para el mismo. Algunos de los que hicieron esta investigación no formaban parte de ninguna universidad y, por decirlo suavemente, no estaban bien pagados.⁹ Muchos eran estudiantes de posgrado cuyos asesores académicos les decían sin rodeos que estaban cometiendo un suicidio. Estas advertencias no eran irreales. Aquellos que abrieron el camino y realizaron los primeros trabajos de erudición en torno a lo queer se vieron abocados sistemáticamente al desempleo o a la precariedad en la academia. Este tipo de temas, y los académicos que los estudiaban, solían ser tratados como personas de dudosa reputación dentro de sus disciplinas. Además, estas investigaciones no se consideraban lo suficientemente apropiadas como para ser publicadas en las prestigiosas revistas académicas occidentales. Algunos de los trabajos más importantes de la historia gay, como el estudio de D'Emilio sobre el movimiento homófilo, las revelaciones de Steakley sobre la persecución nazi de los homosexuales y las primeras investigaciones de Bérubé sobre el San Francisco gay, no se publicaron en revistas académicas, sino en los programas de las celebraciones del orgullo gay, en el *Body Politic*, un periódico canadiense de liberación gay, y en el *Gay Community News*,

- 9 Dos estudiosos independientes clave fueron Jonathan Ned Katz and Allan Bérubé. Véase Katz, J.N. (1976), *Gay American History: Lesbians and Gay Men in the U.S.A.*, Thomas Crowell, Nueva York; Katz, J.N. (1983), *Gay/Lesbian Almanac: A New Documentary*, Harper and Row, Nueva York; Bérubé, A. (1990), *Coming Out Under Fire: The History of Gay Men and Women in World War Two*, Free Press, Nueva York.

el periódico de liberación gay de Boston.¹⁰ Uno de los primeros ensayos de Bérubé sobre los gays y las lesbianas en la Segunda Guerra Mundial se publicó en *Mother Jones*.¹¹ Eran grandes publicaciones periodísticas, pero no contaban como un mérito para la carrera académica. En la década de 1990 se produjo un cambio radical, ya que la realización de diversos tipos de estudios en teorías de la sexualidad y queer (especialmente para los académicos noveles en algunos campos) dejó de ser un obstáculo en sus carreras. Este cambio se produjo antes en las humanidades y más lentamente en las ciencias sociales, donde los estudios LGBTQ siguen luchando actualmente por establecer una presencia institucional duradera.

Aunque el mundo académico no fomentó los primeros estudios sobre homosexualidad y sexualidad, sí que existía una densa red intelectual y social que lo hacía posible.

10 D'Emilio, J. (1978), «Dreams Deferred: Part 1», *Body Politic*, 48, p. 19; D'Emilio, (1979), «Dreams Deferred: Part 2: Public Actions, Private Fears» *Body Politic*, 49, pp. 24–29; Steakley, J. (1973), «The Gay Movement in Germany Part One: 1860-1910», *Body Politic*, 9, pp. 12–17; Steakley, (1973), «The Gay Movement in Germany Part Two: 1910-1933», *Body Politic*, 10, pp. 14–19; Steakley, (1974), «Homosexuals and the Third Reich», *Body Politic*, 11, pp. 1–3; Bérubé, A. (1983), «The First Stonewall», *San Francisco Lesbian and Gay Freedom Day Program*, 27; Bérubé, A. (1981), «Behind the Spectre of San Francisco», *Body Politic*, 72, pp. 25–27; y Bérubé, A. (2007), «Lesbian Masquerade», *Gay Community News*. Para más información sobre *Gay Community News*, véanse las magníficas memorias de Hoffman's, A., *An Army of Ex-Lovers: My Life at the Gay Community News*, University of Massachusetts Press, Amherst.

11 Bérubé, A. (1983), «Coming Out Under Fire», *Mother Jones*, 45.

Pese a que no teníamos departamentos de investigación, creamos grupos de estudio en los que los investigadores de la comunidad y gente afiliada a la universidad podía compartir sus descubrimientos académicos. Dos de estos grupos informales fueron extremadamente importantes para mí. Uno era un grupo de estudio intensamente estimulante sobre «feminismo e historia del sexo», con participantes como Nancy Chodorow, Ellen DuBois, Barbara Epstein, Michelle Rosaldo, Mary Ryan, Judith Stacey, Kaye Trimberger y Martha Vicinus. El segundo fue el Proyecto de Historia de Lesbianas y Gays de San Francisco, fundado hacia 1978-1979 por Bérubé, Escoffier y Garber. Los miembros fluctuaban, pero Freedman, Hollibaugh y yo éramos participantes permanentes, D'Emilio y Bert Hansen eran, además, visitantes frecuentes.¹²

En este sentido, la investigación de Bérubé proporcionó un ancla a la que agarrarnos. Descubrió interesantes datos de archivo sobre mujeres que se hacían pasar por hombres en los primeros tiempos de San Francisco.¹³ Encontró documentación sobre la vigilancia de los bares gays en California llevada a cabo por la Comisión de Control de Bebidas Alcohólicas, así como los casos judiciales que establecieron el derecho legal de los homosexuales a beber en público.¹⁴ Recuerdo la primera vez que escribió

12 Véase D'Emilio, J. (2008), «Allan Bérubé's Gift to History», *Gay and Lesbian Review Worldwide*, 15, núm. 3, pp. 10-13.

13 Bérubé, A., «Lesbian Masquerade».

14 Bérubé, A., «First Stonewall».

sobre una caja de zapatos con cartas escritas por hombres homosexuales durante la Segunda Guerra Mundial; estas cartas iniciaron el proyecto que dio lugar a su innovador libro *Coming Out Under Fire*.¹⁵ La primera vez que escuché a Garber hablar de su trabajo sobre los hombres homosexuales y lesbianas afroamericanos de Harlem a principios del siglo xx fue en una reunión del Proyecto de Historia.¹⁶

Nada de lo que escriba será suficiente para hablar sobre el entusiasmo intelectual y el impacto que tuvo sobre mí el Proyecto de Historia. Sin embargo, no se encontró aislado de polémicas durante las primeras fases de la guerra del sexo. En 1979, después de que Bérubé presentara su exposición de diapositivas sobre las mujeres pasajeras, varias lesbianas más se unieron al grupo. Algunas de estas personas entraron con el compromiso ideológico de intentar expulsarme, tanto por mi investigación, que versaba sobre la población masculina gay de cuero y S/M (sodomasoquismo), como por mi participación en la entonces naciente comunidad lesbiana sadomasoquista. Al final pude quedarme, y los que más se oponían a mi

15 Bérubé, A., *Coming Out Under Fire*.

16 Véase Garber, E. (1991), «A Spectacle in Color: The Lesbian and Gay Subculture of Jazz Age Harlem», en Doberman, M.B., Vinicius, M., y Chauncey Jr., G., eds., *Hidden from History: Reclaiming the Gay and Lesbian Past*, New American Library, Nueva York, pp. 318–331; y Garber, (1998), «Gladys Bentley: The Bulldagger Who Sang the Blues», *OUTlook: National Lesbian and Gay Quarterly*, 1, pp. 52–61.

presencia abandonaron el Proyecto de Historia. Mantuve mi membresía, pero estaba, en términos de Erving Goffman, «acabada».¹⁷ Me encontraba lo suficientemente radiactiva como para que durante muchos años después no pudiera compartir los resultados de mi investigación en ninguna de nuestras presentaciones públicas.

Hablando con amargura: Las guerras sexuales feministas

El nombre «Barnard Sex Conference» es en realidad la abreviatura de «The Scholar and the Feminist IX: Towards a Politics of Sexuality», la novena iteración de la conferencia «The Scholar and the Feminist» que se celebra anualmente en el Barnard College desde 1974. El documento conceptual de la Conferencia sobre Sexo de Barnard se tituló «Hacia una política de la sexualidad». El comité de planificación de la conferencia incluía a profesores de Barnard, estudiantes de posgrado de la Universidad de Columbia y activistas e intelectuales feministas de Nueva York, quienes habían acudido en respuesta a una carta abierta en donde se pedía la participación. La carta de invitación, redactada por Carole Vance, la coordinadora académica de la conferencia, se envió al profesorado del Barnard College, a todos los miembros de los anteriores

17 Goffman, E. (1963), *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*, Simon and Schuster, Nueva York.

comités de planificación de Scholar y Feminist, a académicas y activistas que trabajaban en el ámbito de la sexualidad.¹⁸ El comité de planificación se reunió cada dos semanas durante ocho meses, funcionando como un grupo de estudio sobre la sexualidad. Las actas de las reuniones del comité de planificación y los comentarios de cada miembro del grupo se incluyeron en un folleto de setenta y dos páginas, *Diary of a Conference* (véase el Archivo GLQ, en este número).

Al igual que la propia conferencia, *Diary* era innovador, ambicioso y fresco. Debía distribuirse entre los asistentes y, puesto que estaba destinado a servir de programa de la conferencia, incluía el calendario de actos y la lista de ponentes. Sin embargo, era mucho más que un programa. Estaba diseñado para ser un documento histórico, no solo sobre el proceso de planificación sino también de la propia jornada. Incluso había páginas en blanco para que los asistentes pudieran tomar notas. Cada taller tenía una página con una descripción del mismo, una lista de los ponentes y, a menudo, contenía una bibliografía. Las páginas de los talleres incluían tarjetas postales que se utilizaban para enumerar las credenciales de los conferenciantes. Además, se pedía a los ponentes que enviaran algún tipo de gráfico para utilizarlo como imagen en el anverso de la postal. La imagen podía referirse al tema

18 Vance, C.S. (1981), «Invitation Letter», en Alderfer, H., Jaker, B., y Nelson, M., eds. (1982), *Diary of a Conference on Sexuality*, 1, Faculty Press, Nueva York.

del taller, pero, en el espíritu de un Diary, también podía ser algo personal o incluso simplemente algo que cada ponente considerara significativo, interesante, visualmente convincente o divertido sobre sí mismo.

Entre los ponentes de las sesiones de apertura y clausura se encontraban DuBois, Alice Echols, Linda Gordon, Hollibaugh, Hortense Spillers, y las poetas Hattie Gossett, Cherrie Moraga y Sharon Olds. Los dieciocho talleres de la tarde incluyeron diversos temas y presentadores. Entre los líderes de los talleres se encontraban Allison, Meryl Altman, Dale Bernstein, Mary Calderone, Arlene Carmen, Muriel Dimen, Oliva Espin, Elsa First, Roberta Galler, Faye Ginsburg, Bette Gordon, Diane Harriford, Susan Hill, Shirley Kaplan, Barbara Kruger, Maire Kurrik, Kate Millett, Carole Munter, Nestle, Newton, Mirtha Quintanales, Pat Robinson, Kaja Silverman, Sharon Thompson, Shirley Walton y Paula Webster. En los talleres se trataron temas como la teoría de Jacques Lacan, el derecho al aborto, los derechos de los gays y las lesbianas, la pornografía, los romances de los adolescentes, la literatura popular en torno a los consejos sexuales, la creatividad y el teatro, la visión artística, los roles butch/femme en las relaciones homosexuales y heterosexuales, la clase, la raza, la psicoterapia, el sexo políticamente correcto e incorrecto, la imagen corporal, la discapacidad, la sexualidad de la infancia y la niñez, la prostitución y el psicoanálisis. Mi taller fue «Conceptos para una política radical del sexo» (figuras 1 y 2).

Sin embargo, la reputación de la conferencia no guarda casi ninguna relación con el contenido del evento. Un pequeño número de activistas antiporno de Nueva York estaban indignadas por la conferencia, o por lo que imaginaban que sería. Como se relata en el detallado epílogo de Vance a *Placer y peligro*, nuestras adversarias organizaron una ruidosa protesta fuera de la conferencia, distribuyeron folletos denunciando que era antifeminista y trataron de asustar a la administración de Barnard.¹⁹ Como señaló Vance, el folleto era «una obra maestra de la desinformación» que sirvió «como modelo para la reacción posterior a la conferencia».²⁰ También observó: «el folleto, junto con los rumores y la información distorsionada de los periódicos que inspiró, describía una conferencia fantasma, restringida a unos pocos temas que coincidían con la visión limitada de las antipornógrafas sobre la sexualidad. Se redujo a la pornografía, al sadomasoquismo y al feminismo –la contrapartida de las antiporno a la impía trinidad de la Nueva Derecha: sexo, drogas y rock 'n' roll– es un ejemplo del uso eficaz de los símbolos para instigar el pánico sexual».²¹

19 Vance, C.S. (1984), «Epilogue» en Vance, C.S., ed., *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, Routledge and Kegan Paul, Boston, p. 434.

20 Vance, C.S. (1992), «More Danger, More Pleasure: A Decade after the Barnard Sexuality Conference», en Vance, C., ed., *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, Pandora, Londres, p. XXII.

21 Vance, C.S. (1980), Epilogue, p. 434. En el epílogo, Vance introdujo la terminología de «pánico sexual» en lugar de la de «pánico moral», que utilizamos Cohen, luego Weeks y yo. Véase Cohen, S.

Irónicamente, el tema principal de la conferencia, reflejado en los talleres, la ponencia del congreso y la antología resultante, fue que la sexualidad es para las mujeres tanto un medio de placer como una fuente de peligro. Sin duda, en Barnard no hubo deferencia a las reivindicaciones específicas del feminismo antipornográfico. Incluso hubo un taller sobre pornografía. Como se indica en la descripción registrada en el *Diary*, «este taller situará la pornografía en el contexto de una serie de discursos alternativos que construyen la diferencia sexual y el sujeto femenino de manera similar, sobre todo la publicidad y el cine dominante. También argumentaremos que la pornografía no puede aislarse de una crítica más amplia del orden simbólico existente, o de estructuras aparentemente tan diversas como la familia o la iglesia».²² Semejante matiz era un anatema para las líderes del movimiento antiporno, cuya ideología situaba a la pornografía como el principal motor de la subordinación femenina, presentándola como la institución más perniciosa de la supremacía masculina.

Una de las artífices del panfleto y la protesta contra la conferencia de Barnard fue Dorchon Leidholdt, de la organización neoyorquina Women Against Pornography (WAP). Su respuesta fue recogida por Susan Brownmiller: «Entonces», recuerda Dorchon con un escalofrío, «llegó

(1981), *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of the Mods and Rockers*, Marin Robertson, Oxford; Weeks, J. (1981), *Sex, Politics, and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, Longman, Londres, pp. 14–15; y Rubin, G., «Thinking Sex», pp. 297–298.

22 Vance, *Diary*, 47.

la conferencia de Barnard». ²³ La descripción que hizo Brownmiller tipifica el relato antiporno de la conferencia:

La novena conferencia anual «The Scholar and the Feminist» en el Barnard College el sábado 24 de abril de 1982, proclamó «Hacia una política de la sexualidad» como su tema innovador. Carole Vance, antropóloga en la Universidad de Columbia, junto a un equipo de asesores elegidos por ella, habían dedicado meses de planificación a la jornada con la intención de producir una exploración del comportamiento sexual «políticamente incorrecto», para contrarrestar las tendencias «fascistas» y «moralistas» de la WAP. El extraño resultado fue una exposición algo nerviosa y vertiginosa, a veces melancólica, sobre los placeres derivados del sadomasoquismo. No todos los ponentes de Barnard abordaron ese día los roles s/m o la butch-femme. Unos pocos invitados leyeron artículos académicos. ²⁴

En realidad, ninguno de los dieciocho talleres se centró específicamente en lo S/M y solo uno en la dualidad butch-femme. Aunque estos temas salieron a relucir durante varios debates —lo que no es sorprendente después de que los asistentes recibieran folletos que los denunciaban específicamente—, no fueron las temáticas principales. En

23 Citado en Brownmiller, S. (1999), *In Our Time: Memoir of a Revolution*, Dial, Nueva York, p. 314.

24 *Ibíd.*, pp. 314-315.

los tres talleres, la psicoterapia y el psicoanálisis recibieron mucha más atención que el sadomasoquismo. También el derecho al aborto recibió más atención que el sexo femenino. El denominador común de los talleres fue, de hecho, la lectura de documentos académicos. El relato de la conferencia promulgado por los cruzados de la anti-pornografía tenía algunos elementos de realidad que se mezclaban en un batiburrillo nocivo de hipérbole y desinformación. Vance no reunió a un grupo de «asesores de su elección». Ella había emitido una convocatoria abierta a la que respondieron las interesadas. Todo esto estaba documentado en el *Diary*. Pero nadie vio el *Diary* el día de la conferencia, porque la administración de Barnard, presa del pánico, lo había confiscado.²⁵

En cambio, las cerca de ochocientas asistentes que llegaron a las puertas del Barnard College se encontraron con un pequeño grupo de manifestantes que llevaban camisetas con el lema «Por una sexualidad feminista» en la parte delantera y «"Contra el S/M» en la trasera.²⁶ En los folletos se acusaba a los organizadores de la conferencia de respaldar «la reacción contra el feminismo radical» y de haber «dado su apoyo a las mismas instituciones y valores sexuales que oprimen a todas las mujeres».²⁷ El folleto

25 Véase el *Diary*, Vance, «Epilogue»; y Vance, «More Danger, More Pleasure».

26 Vance, «Epilogue», pp. 433–434.

27 Coalition for a Feminist Sexuality and Against Sadomasochism, «We Protest», folleto distribuido en la Barnard Sex Conference, abril de 1981. De la colección del autor.

señalaba a varias participantes para que fueran condenadas especialmente por sus comportamientos sexuales u opiniones políticas supuestamente «no feministas». Entre ellas se encontraban Allison y dos defensoras anónimas de los «roles femeninos marimachos», presumiblemente Nestle, Hollibaugh o Moraga. El folleto se quejaba de la participación de Brett Harvey por su participación en *No More Nice Girls*, un grupo de derechos reproductivos caracterizado como «un grupo de escritoras que publican en el *Village Voice* y que sostienen que la pornografía es liberadora».²⁸ La justificación del folleto para la objeción a *No More Nice Girls* era que una de sus fundadoras era Willis, que sí escribía para el *Voice* y que fue una de las primeras feministas en cuestionar públicamente el análisis antipornográfico.²⁹ Mi participación fue atacada por mi relación con Samois, un grupo de lesbianas S/M de San Francisco. Califia, también miembro de Samois, fue denunciada en el folleto a pesar de no tener ningún papel en la conferencia (Califia sí asistió).³⁰ El folleto afirmaba que estaba allí «representando» a Samois, lo cual no era cierto. Leidholdt diría más tarde que «no estábamos

28 Vance, C.S. (1983), «Letter to the Editor», *Feminist Studies*, 9, pp. 589–591; y Willis, E. (1983), «Letter to the Editor», *Feminist Studies*, 9, pp. 592–594.

29 Willis, E. (1981), «Feminism, Moralism, and Pornography», en *Beginning to See the Light: Pieces of a Decade*, Alfred A. Knopf, Nueva York, pp. 219–227.

30 Dejanikus, T. (1982), «Charges of Exclusion and McCarthyism at Barnard Conference», *Off Our Backs*, 12, núm. 6, p. 5.

protestando por la exclusión de la WAP, sino por toda la parte de violencia sexual del movimiento: Es especialmente peligroso cuando se incluye a alguien como Gayle Rubin».

En realidad, había dos versiones contradictorias de la queja de la WAP: la primera era que la conferencia de Barnard era una descarada celebración del sadomasoquismo. La segunda era que la agenda pervertida era aún más insidiosa porque estaba oculta. Leidholdt le dijo a un reportero que «el sesgo estaba muy oculto en la conferencia de Barnard» y se quejó de que «en ninguna parte del programa se indicaba la afiliación de los líderes de los talleres a Samois o a LSM (la Mafia del Sexo Lésbico de Nueva York)». ³¹ Esta queja merece ser analizada. De los casi cuarenta ponentes y responsables de los talleres, solo dos eran miembros de alguna de las dos organizaciones. Pero, en cualquier caso, ¿qué relevancia tienen esas afiliaciones? ¿Deben todos los participantes en actos académicos enumerar todas sus asociaciones recreativas, sociales y políticas? Yo era una estudiante de posgrado de la Universidad de Michigan que hablaba en una conferencia académica, así que indiqué mi afiliación académica, como correspondía. Evidentemente, debería haber tenido la decencia de llevar un triángulo de cuero negro o quizás una letra escarlata.

Tanto si la gente apoyaba como si se oponía a los objetivos de la conferencia, las caracterizaciones exageradas e inexactas promulgadas por el folleto y la posterior cobertura de la prensa siguen siendo hasta hoy la leyenda

31 Dejanikus, «Charges of Exclusion and McCarthyism», p. 5.

dominante de la conferencia. Si bien hubo discusiones sobre la legitimidad de la conferencia, estas rara vez desafiaron la exactitud de las narrativas de la conferencia fantasma. Por ejemplo, una década después de Barnard, Leidholdt seguía proclamando que «además de atacar sin tapujos a las feministas radicales y a nuestra política, los ponentes, organizadores y responsables de los talleres de la conferencia promovieron y defendieron la sexualidad de la dominación y la sumisión. La defensa del sadomasoquismo, a veces poco disimulada y a veces abierta, fue un tema subyacente».³² Incluso el relato de Jane Gerhard, en gran medida simpático, describe la conferencia como compuesta por «sesiones sobre prácticas sexuales, sadomasoquismo, roles marimacho/femenino, pornografía, sexualidad infantil y terapias sexuales».³³ Aunque difieren en sus evaluaciones, las descripciones de Leidholdt y Gerhard coinciden sustancialmente en el énfasis ostensible de la conferencia y no mencionan la mayoría de los temas tratados.

Hay muchas razones que explican la persistencia de la imagen de la conferencia como un lugar de celebración del sexo pervertido. Pero una de ellas fue sin duda la confiscación del *Diary*. Como señaló Vance, «la falta de disponibilidad del *Diary* para los inscritos ese día hizo que el propósito de la conferencia fuera más vulnerable a

32 Leidholdt, D. (1993), «Back to Barnard», *Off Our Backs*, 23, p. 30.

33 Gerhard, J.F. (2001), *Desiring Revolution: Second-Wave Feminism and the Rewriting of American Sexual Thought, 1920 to 1982*, Columbia University Press, Nueva York, p. 188.

la distorsión. Los folletos se repartieron antes de que se hicieran las ponencias o presentaciones, y las percepciones de los inscritos sobre lo ocurrido se vieron influidas por las acusaciones incendiarias y sensacionalistas de los folletos». ³⁴ Cuando el *Diary* se volvió a publicar y se facilitó a los participantes varias semanas después, las extravagantes afirmaciones y las febriles descripciones de la narrativa del continente antiporno habían echado raíces. Como relata Vance, en la semana anterior a la conferencia,

las feministas antipornográficas hicieron llamadas telefónicas a los funcionarios y administradores del Barnard College, así como a prominentes feministas locales, quejándose de que la conferencia estaba promoviendo puntos de vista antifeministas y había sido tomada por «pervertidos sexuales». Por muy lunáticas que fueran estas afirmaciones, tuvieron un efecto galvanizador en los representantes de una universidad femenina sexualmente conservadora, Presidenta de Barnard, interrogó al personal del centro de mujeres, examinó el programa y —preocupada por las posibles reacciones de los financiadores ante los temas e imágenes sexuales— confiscó todas las copias del folleto de la conferencia. ³⁵

Jane Gould, directora del Centro de la Mujer de Barnard, cuenta que fue convocada al despacho del presidente

34 Vance, «Epilogue», p. 434.

35 Vance, «More Danger, More Pleasure», p. XXI.

justo antes de la conferencia. Más tarde, Gould se enteró de que «la oficina del presidente había recibido una avalancha de llamadas de Mujeres contra la Pornografía atacando la conferencia, calificándola de pornográfica, y anunciando su intención de hacer un piquete el día de la conferencia. Una de las llamadas informó al presidente de que la planificación de la conferencia había estado dominada por un grupo de lesbianas de California llamado Samois, que apoyaba el sadomasoquismo».³⁶

Debo señalar que nadie de Samois formaba parte del grupo de planificación. Al parecer, nadie parecía haber querido considerar algo tan inverosímil a nivel logístico: que un grupo de San Francisco participe en reuniones en Nueva York cada dos semanas durante ocho meses. Pero estos mitos persisten. Gerhard incluso me cita como organizador de la conferencia, cosa que no era cierta. El hecho de que lo haga demuestra el triunfo de la narrativa sobre los hechos.³⁷

Cuando Gould entró en el despacho del presidente, encontró a «Futter, el director de relaciones públicas y el abogado de la universidad... todos con copias del *Diary*».³⁸ La expresión de la presidenta Futter lo decía

36 Gould, J. (1997), *Juggling: A Memoir of Work, Family, and Feminism*, Feminist Press at the City University of New York, Nueva York, p. 200.

37 Gerhard, (1984), *Desiring Revolution*, p. 184. Los miembros efectivos del comité de planificación figuran en el *Diary* y también en *Placer y Peligro*, p. xvii.

38 Gould, *Juggling*, p. 200.

todo. Se zambulló de lleno, consideraba la publicación como una pieza de pornografía y no iba a tolerar su distribución a los participantes en la conferencia y al público. Vance señala que, aunque la administración de Barnard confiscó los mil quinientos ejemplares dos días antes de la conferencia, ella y los miembros del comité de planificación no fueron informados de la confiscación hasta menos de veinticuatro horas antes de la conferencia.³⁹ Los administradores de Barnard indicaron a Vance que dijera que el *Diary* estaba «retrasado en la imprenta». Ella hizo caso omiso de esta exigencia e informó a los participantes de que el presidente del Barnard College había confiscado y censurado el *Diary*. Tras considerables presiones y amenazas legales, el Barnard College accedió a pagar la reimpresión del *Diary*, eliminando dos líneas de letra con los nombres del Barnard College y del financiador de la conferencia, la Fundación Helena B. Rubinstein, y a distribuir el documento reimpreso entre los participantes en la conferencia.⁴⁰

El *Diary* se reimprimió finalmente y se envió por correo a los asistentes en junio. En agosto, Andrea Dworkin envió copias del *Diary* con una carta de presentación que decía:

Esta es una copia del llamado *Diary* elaborado por los organizadores de la reciente conferencia sobre sexualidad en el Barnard College [...]. *Por favor lea este Diary de*

39 Vance, «Epilogue», pp. 431–432.

40 Vance, comunicación personal, junio de 2010.

principio a fin. Por favor, no se salte ninguna parte. Por favor, miren las fotos. Por favor, léalo de inmediato: por muy ocupado que esté, no posponga su lectura. Este *Diary* muestra cómo se justifica y apoya intelectual y políticamente a los activistas sadomasoquistas y pro-pornografía. También muestra el marco conceptual para distorsionar y socavar significativamente la teoría, el activismo y la eficacia del feminismo radical. Creo que no hay ninguna norma feminista por la que este material y estos argumentos tomados en su conjunto no sean perniciosamente anti-mujeres y anti-feministas. En mi opinión, es dudoso que el movimiento feminista pueda mantener su integridad política y su autoridad moral con este tipo de ataque a sus premisas fundamentales y esenciales desde dentro.⁴¹

La cobertura informativa de la conferencia consagró aún más la visión de que fue una conferencia fantasma. La revista *Off Our Backs* era lo más parecido a un periódico de noticias del movimiento feminista. Por lo tanto, resultaba extremadamente angustioso que su cobertura reflejara tan estrechamente los relatos de la WAP. Hubo una avalancha de cartas al director de quienes teníamos una perspectiva diferente: de mí, Frances Doughty, Barbara Grier, Hollibaugh, Nestle, Newton, Vance, Walton y Willis. Hay una carta de Samois. Incluso hay una carta

41 Dworkin, A. (1981), memorándum, difundido pero no publicado, agosto de 1981, colección personal de la autora, énfasis en el original.

de Cleveland Women Against Violence Against Women en la que la organización se distanciaba del folleto de protesta.⁴² Pero mientras los artículos de *Off Our Back* están disponibles en línea, las cartas no lo están. Una versión digitalizada de *Off Our Backs* está disponible a través de Proquest, pero las cartas no se han incluido en los archivos digitales. La digitalización incompleta de *Off Our Backs* garantiza que la imagen unilateral y distorsionada de los acontecimientos siga siendo canónica. Para hacerse una idea del alcance de la discusión en *Off Our Back*, es necesario consultar el papel de periódico que se está desmoronando. Hasta ahora no ha habido una historia completa de las guerras sexuales feministas, y uno de los problemas es que muchos de los documentos primarios no son fácilmente accesibles.⁴³

42 Cartas al Editor (1982), *Off Our Backs*, núm. 7: Rubin, p. 24, Hollibaugh, p. 25, Walton, p. 25, Newton, p. 25, Doughty, p. 26; núm. 8 (1982): Willis, p. 32, Nestle, p. 32, Greer, p. 33; núm. 10 (1982): Samois, p. 26, Cleveland WAVAM, p. 26.

43 Sin embargo, véase Feminist Anti-Censorship Taskforce et al., eds. (1992), *Caught Looking: Feminism, Pornography, and Censorship*, Long River Books, East Haven; *Heresies: The Sex Issue* 12 (1981); y Duggan, L., y Hunter, N.D. (1995), *Sex Wars: Sexual Dissent and Political Culture*, Routledge, Nueva York, para una cronología útil y comentarios incisivos.

Las guerras del sexo de la Costa Oeste

Las mujeres contra la violencia en la pornografía y los medios de comunicación y la Samois

El seguimiento de los acontecimientos reales de la conferencia de Barnard demuestra lo absurdo de las afirmaciones de que la conferencia se caracterizó por una devoción única al S/M, al butch/femme y por una promoción acrítica de la pornografía. La facilidad con la que tales distorsiones fueron tratadas como creíbles y su notable persistencia exigen tanto una atención analítica como una contextualización histórica. ¿Por qué algunas feministas protestaban en una conferencia feminista y por qué llevaban camisetas con el lema «Contra el S/M»? ¿Por qué se suponía que Samois, entonces un pequeño y oscuro grupo de lesbianas S/M de San Francisco, estaba involucrado, y mucho menos era responsable, de una conferencia a tres mil millas de distancia? Parte de la explicación está en los acontecimientos que tuvieron lugar antes de la Conferencia de Sexo de Barnard y lejos de Nueva York. Mucha gente, sobre todo la de la Costa Este, piensa que la conferencia de Barnard inició las guerras sexuales feministas. Pero hubo episodios anteriores, y un importante frente de batalla ya se había abierto en la zona de la bahía de San Francisco en 1978. Las controversias que envolvieron la conferencia de Barnard son más comprensibles si se conoce esta prehistoria.

Las batallas de la Costa Oeste tuvieron lugar entre las Mujeres contra la Violencia en la Pornografía y los Medios de Comunicación (WAVPM), la primera organización

feminista contra la pornografía, y Samois, la primera organización lésbica de sadomasoquismo, ambas activas en la zona de la Bahía de San Francisco a finales de la década de 1970. Sus escaramuzas generaron muchos de los patrones y temas que caracterizaron las primeras fases de las guerras del sexo. La «pornografía», un género de los medios de comunicación, y el «sadomasoquismo», una preferencia y práctica sexual, son cosas diferentes. Sin embargo, los términos se interpretaron como opuestos y se utilizaron para articular una serie de diferencias políticas. El conflicto entre la WAVPM y Samois contribuyó a establecer la «pornografía» y el «sadomasoquismo» como posiciones críticas, marcos ideológicos y visiones del mundo antitéticas que luego se desplegaron a lo largo de las guerras del sexo.

La WAVPM se fundó en el área de la bahía de San Francisco en 1976 y celebró la primera conferencia nacional feminista sobre pornografía en 1978.⁴⁴ La WAP de Nueva York se creó en 1979, poco después de la conferencia de la WAVPM. No se sabe muy bien hasta qué punto el movimiento feminista contra la pornografía fue también, desde su inicio, una guerra contra las imágenes y la práctica del sadomasoquismo. Diana Russell, una de las fundadoras de WAVPM, articuló estas fusiones (y confusiones) en un artículo de 1977 en la revista feminista *Chrysalis*. Russell

44 Véase Lederer, L. (1980), *Take Back the Night: Women on Pornography*, William Morrow, Nueva York. Se trata de la recopilación más representativa de ensayos del primer movimiento feminista contra el porno.

rara vez recibe el crédito que claramente merece por sus contribuciones al movimiento antiporno, que a menudo se atribuye a Catharine MacKinnon y Dworkin.⁴⁵ Sin embargo, Russell proporcionó al movimiento inicial la mayor parte de su liderazgo intelectual, lenguaje analítico y coherencia ideológica.

En el artículo de Chrysalis, afirma que la pornografía es «degradante» para las mujeres por naturaleza, que es intrínsecamente misógina y que es una propaganda viciosa contra las mujeres. Además, utiliza el porno sado-masoquista para representar todo lo que encuentra repugnante en la pornografía: «Antes de estar en desacuerdo con esta afirmación, ¡vaya a ver un poco! Podrías probar con un lote de películas que se proyectan regularmente en el San Francisco Kearny Cinema (o su equivalente en otras ciudades). Los títulos se explican por sí mismos: “Lección de dolor”, “Castigo corporal”, “Chica esclava”, “Dolor dorado”, “Fuerza bruta del club” y “Poder del

45 MacKinnon mencionó la pornografía de pasada en sus artículos de *Signs* de 1982 y 1983, pero no se convirtió en una figura destacada del movimiento antiporno hasta la ordenanza de Minneapolis de 1983. MacKinnon, C. (1982), «Feminism, Marxism, Method, and the State: An Agenda for Theory», *Signs* 7.3, pp. 515–544; y MacKinnon, (1983), «Feminism, Marxism, Method, and the State: Toward Feminist Jurisprudence», *Signs* 8.4, pp. 635–658. Véase también Rubin, G. (1993), «Misguided, Dangerous, and Wrong: An Analysis of Anti-Pornography Politics», en Assiter, A., y Carol, A., eds., *Bad Girls and Dirty Pictures: The Challenge to Reclaim Feminism*, Pluto, Boulder, pp. 18–40.

agua”». ⁴⁶ En el momento de escribir este artículo, San Francisco contaba con una veintena de salas de cine porno, de las cuales solo dos, el Kearny y el North Beach, proyectaban películas con temática *bondage* o S/M. Sin embargo, estos dos cines son señalados repetidamente en la literatura antiporno de San Francisco. Del mismo modo, probablemente había cientos o miles de películas porno proyectadas anualmente, pero los títulos del pequeño número de películas pervertidas se utilizan como si estos representaran las películas pornográficas en su conjunto. Los materiales sadomasoquistas en el ensayo de Russell se utilizaron para persuadir a los lectores de la verdad de la acusación contra la pornografía, y su mera existencia se tomó tanto como representativa de todo el porno como para confirmar que el porno es intrínsecamente sucio. Russell continúa:

La pornografía no se hace para educar sino para vender, y en su mayor parte, lo que se vende en una sociedad sexista es un montón de mentiras sobre el sexo y las mujeres. Se presenta a las mujeres como si disfrutaran de ser violadas, azotadas o golpeadas, atadas, mutiladas y esclavizadas, o bien que aceptan como su suerte de mujeres ser víctimas en tales experiencias. En las películas menos sádicas, se presenta a las mujeres como excitadas y satisfechas sexualmente haciendo todo lo

46 Russell, D.E.H., y Griffin, S. (1977), «On Pornography: Two Feminists' Perspectives», *Chrysalis*, 4, p. 11.

que los hombres quieren o les ordenan: las mujeres son secuestradas, golpeadas, atadas y luego colgadas boca abajo como trozos de carne. Y ese es el final de la película. De lo que se trata es de dominación y tortura.⁴⁷

En este pasaje se aprecian varios rasgos de lo que se reconocería como retórica antipornográfica. Una táctica común son las listas que mezclan algunas cosas que son claramente horribles, como la violación, con otras que podrían ser placenteras, como ser azotado. El asco movilizado por las imágenes de horror se dirige entonces a cosas que normalmente podrían ser más difíciles de hacer enojar a la gente, por ejemplo, una mujer que encuentra placer en el coito heterosexual.⁴⁸ Al describir otra película, Russell exclama:

- 47 Russell y Griffin, «On Pornography», p. 12. Russell parece ignorar que la relativa falta de sexo explícito en algunas películas S/M a menudo se debía a intentos de evitar la persecución. El umbral de explicitud para presentar cargos de obscenidad era a menudo más bajo para los materiales S/M.
- 48 Carole Vance realiza un análisis especialmente lúcido de las tácticas retóricas que entran en estas «listas de lavandería» sexuales en un ensayo sobre el embrollo de 1989 en torno a la National Endowment for the Arts (NEA). (Vance, C. (1990), «Misunderstanding Obscenity», *Art in America*, 78, pp. 49–55). Además, hay que tener cuidado para entender cómo se utilizan los términos potencialmente cargados en la literatura antiporno, y cómo sus significados pueden deslizarse. Un ejemplo, que se encuentra en el pasaje de Russell citado aquí, es la mutilación. Generalmente pensamos en la mutilación como una lesión deliberada y terrible que causa daños físicos permanentes, pero la mutilación se utiliza a menudo en los

En otra película que vi, la cera de una vela hirviendo caía sobre los pechos de una mujer atada. ¿Había dado su consentimiento de antemano? Incluso si lo hubiera hecho, se trata de un acto violento, al que siguió la actuación de la mujer como amante voluntaria y adoradora de su torturador. Por lo tanto, incluso cuando las modelos han dado su consentimiento para participar, no saben necesariamente lo que les espera, y a menudo no están en condiciones de mantener el control.⁴⁹

Russell asume que nadie podría disfrutar del goteo de cera de vela caliente sobre los pechos atados; que tales experiencias no pueden formar parte de un acto de amor legítimo; y que el acto es intrínsecamente violento. Una de las implicaciones es que cualquier mujer que pueda disfrutar de tal práctica debe tener algo malo. El análisis de Russell revela un concepto limitado de la variación sexual humana y una suposición de que el sadomasoquismo es intrínsecamente degradante y repulsivo. Tales premisas le permiten hacer la afirmación más explícita de que las modelos podrían haber accedido a participar en tales películas solo porque estaban desinformadas, engañadas o coaccionadas. En otras palabras, el contenido de la imagen, y la propia repulsión de Russell, sustituyen la evidencia de

textos antiporno para referirse a prácticas de modificación corporal como el piercing genital, los anillos en los pezones o incluso los tatuajes. En este contexto, la idea de mutilación de una persona es la idea de adorno personal de otra.

49 Russell y Griffin, «On Pornography», p. 13.

que alguien fue realmente engañado, abusado o coaccionado en la realización de la película. Como he señalado en otro lugar, existe una confusión entre el contenido de la imagen y las condiciones de su producción; si se aplicaran sistemáticamente estos criterios, tendríamos que asumir que todos los actores que explotan, son asesinados, disparados, quemados, ahogados o muertos de cualquier otra forma en las películas fueron víctimas mortales reales.⁵⁰

Los argumentos, las suposiciones, el lenguaje y las tácticas retóricas de Russell se incorporaron a la primera literatura de WAVPM.⁵¹ Por ejemplo, cada número del boletín de WAVPM, *Newspage*, contenía una declaración, «¿Quiénes somos?». En el número de septiembre de 1977, se lee:

Mujeres contra la Violencia en la Pornografía y los Medios de Comunicación es un grupo de aproximadamente 35 mujeres del Área de la Bahía que se reúnen porque compartimos una preocupación común sobre el alarmante aumento de los crímenes violentos contra las mujeres. Los medios de comunicación, incluida la pornografía, son nuestro principal objetivo. Creemos que existe una relación entre lo que vemos y oímos en los medios de comunicación y cómo pensamos y, en consecuencia, actuamos. Queremos poner fin a todas las

50 Véase, por ejemplo, Rubin, G., «Misguided, Dangerous, and Wrong: An Analysis of Anti-Pornography Politics», op. cit.

51 Women Against Violence in Pornography and Media (Mujeres contra la Violencia en la Pornografía y los Medios de Comunicación).

representaciones de mujeres atadas, violadas, torturadas, mutiladas, maltratadas o degradadas de cualquier manera para su estimulación sexual o erótica.⁵²

Esta declaración refleja el lenguaje y el análisis del ensayo de Russell. Al igual que Russell, WAVPM culpaba a la pornografía, y especialmente a las imágenes S/M, de la violencia contra las mujeres. Tanto Russell como la WAVPM excluyeron la posibilidad de cualquier erotismo S/M legítimo, cuya eliminación se declaró claramente como un objetivo político explícito de la organización. La mecánica de su abolición quedó sin especificar.

En una página de noticias posterior, WAVPM publicó una lista de preguntas frecuentes y sus respuestas. Aunque el propósito declarado del grupo era «educar a las mujeres y a los hombres sobre el odio a las mujeres expresado en la pornografía y otros medios de comunicación-violencia hacia las mujeres», todo el documento se centra en la pornografía. En la literatura de la WAVPM, otras formas de «violencia mediática» se convirtieron rápidamente en un tema secundario y en una idea de último momento, a menos que sus aspectos objetables pudieran atribuirse a la pornografía.

P: ¿A qué tipo de imágenes se refiere cuando dice que se opone a la «violencia en la pornografía y los medios de comunicación»?

52 WAVPM, «Who Are We?», *Newspage*, septiembre de 1977.

R: Nos referimos a los libros y revistas que muestran a mujeres atadas, golpeadas y maltratadas. Protestamos contra el mensaje de estas imágenes: que golpear y violar a las mujeres, orinar y defecar sobre ellas, es erótico y placentero para los hombres; y que las mujeres desean este tipo de trato, o al menos lo esperan. Hablamos de fotos de discos, de diseños de revistas de moda y de hombres, de escaparates de grandes almacenes y de carteles publicitarios, en los que las mujeres aparecen atadas, amordazadas, golpeadas, azotadas y encadenadas.

P: Pero no toda la pornografía es violenta. Así que usted se opone a la pornografía en la que no hay violencia.

R: Sí. No toda la pornografía es violenta, pero incluso la pornografía más banal cosifica el cuerpo de las mujeres.⁵³

Aunque la crítica de WAVPM se dirigía ostensiblemente contra la pornografía, las suposiciones sobre el sadomasoquismo de palabra, obra y representación eran parte integral de su análisis. WAVPM incluyó toda la erótica sadomasoquista en su categoría de imágenes que no deberían existir, y su programa exigía la eliminación de toda la imaginería sadomasoquista o al menos su destierro de la visibilidad pública. Cuando la WAVPM comenzó a realizar pruebas públicas en la primavera de 1977, su atención se centró en el sadomasoquismo tanto como en el porno, o más bien en este confuso objetivo

53 *Newspage*, noviembre de 1977, el énfasis es mío.

compuesto por el porno, el sadomasoquismo, la violencia contra las mujeres y la subordinación femenina.

No es de extrañar que la retórica, el programa y los objetivos de la protesta de la WAVPM alarmaran a los activistas locales del S/M, especialmente a las feministas. Samois se formó en 1978. El activismo S/M se había inaugurado en 1971 con la formación de la Sociedad Eulenspiegel en Nueva York, a la que siguió la Sociedad de Janus de San Francisco en 1974. Eulenspiegel y Janus fueron inicialmente grupos de género y orientación mixtos, pero a finales de los 70 eran predominantemente heterosexuales. A mediados de la década de 1970, la prensa feminista lesbiana comenzó a hablar sobre el S/M. Hubo intentos de formar organizaciones lésbicas S/M al menos desde 1975, pero Samois fue la primera organización lésbica S/M en marcha. El grupo articuló una defensa ideológica del S/M como un erotismo legítimo, incluso para las feministas. Samois nunca afirmó que el sadomasoquismo fuera particularmente feminista, solo que no había ninguna contradicción intrínseca entre la política feminista y la práctica del sadomasoquismo. Samois tampoco afirmó que el sadomasoquismo fuera una práctica inherentemente liberadora, solo que no era inherentemente opresiva.⁵⁴

54 Samois, ed., (1979), *What Color Is Your Handkerchief? A Lesbian S/M Sexuality Reader*, Berkeley, y la cuidadosamente redactada declaración de intenciones de la organización impresa en la última página de *Coming to Power: Writings and Graphics on Lesbian S/M*, Alyson, Boston, 1982. Véase también Rubin, G. (2004), «Samois»,

Dado que Samois era un grupo de lesbianas, muchas de cuyas integrantes, incluyéndome a mí, ya habían sido activas en el movimiento de las mujeres, estaba en sintonía con los desarrollos del feminismo de una manera que Eulenspiegel y Janus, de orientación más heterosexual, no lo estaban. Varias de nosotras percibimos rápidamente que el programa de WAVPM era tanto anti-S/M como anti-pornográfico. Asumimos ingenuamente que los miembros de la WAVPM no tenían conocimientos sobre el S/M y que aceptarían el diálogo y la discusión. Resultó que la WAVPM no tenía ningún interés en debatir con ninguna feminista que no estuviera de acuerdo con ellas, y mucho menos con personas que participaban sin aparente culpa en formas de sexualidad que consideraban que ejemplificaban las peores manifestaciones del patriarcado.⁵⁵

Poco después de que se formara Samois, empezamos a enviar cartas a WAVPM solicitando reunirnos para discutir su posición sobre el sadomasoquismo. Estas peticiones fueron rechazadas sistemáticamente. Sin embargo, las tensiones entre los dos grupos se intensificaron en abril de 1980, cuando aparecieron repentinamente volantes en la zona de la bahía anunciando una recaudación de fondos de la WAVPM: un foro sobre el sadomasoquismo

en Stein, M., ed., *Encyclopedia of Lesbian, Gay, Bisexual, and Transgender History in America*, Scribner, Nueva York, pp. 67–69; y Rubin, G., «The Leather Menace», en *Coming to Power*, op. cit., pp. 194–229.

55 Calafia, P., «History of Samois», en *Coming to Power*, op. cit., pp. 243–281.

en la comunidad de lesbianas. Dado que WAVPM había rechazado los esfuerzos para discutir su posición sobre el sadomasoquismo, Samois se opuso al foro y respondió con un folleto. Uno de los lemas favoritos de la WAVPM era que «la pornografía era una mentira sobre las mujeres». El folleto de Samois se titulaba «Este foro es una mentira sobre el S/M». El folleto expresaba tres objeciones al foro:

1. WAVPM, sin tomar una posición «oficial» sobre el S/M ha promovido, sin embargo, una imagen falsa de la sexualidad S/M y ha ayudado a crear un clima opresivo y peligroso para las personas identificadas como S/M. El error más obvio de WAVPM es la equiparación del S/M consensuado con la violencia [...].

2. Los panelistas han hecho [...] declaraciones públicas que equiparan el S/M con la autodestrucción, la supremacía masculina, el fascismo, la misoginia o la enfermedad mental. Los argumentos anti-S/M que escucharás en este foro son tan tendenciosos y grandes como los ataques homofóbicos a las lesbianas y los hombres gays o los ataques de la derecha a las mujeres feministas independientes. Estos argumentos se basan en el determinismo biológico, la moral convencional y las nociones psiquiátricas de la perversión sexual. Protestamos contra la promulgación de estereotipos negativos sobre el S/M.

3. El S/M consensuado no es antifeminista ni anti-mujer. Las personas S/M son una minoría sexual estigmatizada, y como tal son objeto de acoso callejero,

discriminación laboral y de vivienda, violencia y otras formas de persecución.

Todos los ponentes del foro denunciaron al S/M. Con el tiempo, muchas de sus charlas se convirtieron en artículos de la antología *Against Sadomasochism: A Radical Feminist Analysis*.⁵⁶ Después del foro, la WAVPM evidentemente tuvo un debate interno sobre si debía adoptar una posición oficial sobre el sadomasoquismo. Cuando la organización se negó, varios miembros descontentos decidieron editar la antología anti-S/M.

Uno de los mayores éxitos del movimiento feminista contra la pornografía ha sido intensificar un cambio en el lugar de la preocupación legal y social sobre las imágenes sexuales, alejándose de la proximidad genital y acercándose a la perversidad. El movimiento ayudó a transformar las concepciones populares del «núcleo duro», y las definiciones legales también han cambiado. Antes, la distinción entre el porno duro y el blando tenía que ver principalmente con la exposición y el contacto genital. Cada vez más, el «núcleo duro» se refiere a algo que el espectador encuentra repugnante o que considera «fuera de lugar», y con demasiada frecuencia consiste en representaciones de sexualidad pervertida o S/M.⁵⁷

56 Linden, R., et al. (1982), *Against Sadomasochism: A Radical Feminist Analysis*, Frog in the Well, East Palo Alto.

57 Linda Williams rastrea «un importante cambio que se está produciendo en la legislación estadounidense sobre obscenidad y en la persecución de los delitos sexuales, ya que se han alejado de la

El sadomasoquismo continuó siendo un poderoso punto que inflamaba las guerras feministas sobre el sexo, en parte porque el argumento antipornográfico dependía de su acusación del sadomasoquismo, de su afirmación de que la pornografía tenía un contenido abrumadoramente sadomasoquista y de su uso de las imágenes del sadomasoquismo como una herramienta eficaz de persuasión. WAVPM fue pionera en la fusión característica de las propuestas anti-S/M y antiporno que dieron forma a la ideología y actividad antiporno feminista posterior. La oposición al sadomasoquismo siempre ha sido un subtexto importante del movimiento feminista antiporno: indispensable para su coherencia analítica, la fuente de sus ejemplos más retóricos, y un objetivo principal de sus prescripciones para el cambio social. Samois cuestionó la credibilidad fundamental tanto de la estructura lógica como de las afirmaciones empíricas del caso de WAVPM contra el porno. Así, las disputas entre Samois y WAVPM prefiguraron gran parte de la lucha posterior en el feminismo sobre la práctica sexual y la representación sexual. Ayudan a explicar por qué el sadomasoquismo (practicado

noción de sexo explícito y se han centrado en los «desviados» como chivos expiatorios. En la definición de obscenidad, la explicitud ha dado paso a la sexualidad desviada del “otro”, definida en relación con una presunta norma heterosexual, no sadomasoquista, que excluye tanto la felación como el cunnilingus». (Williams, «Second Thoughts on *Hard Core*: American Obscenity Law and the Scapegoating of Deviance», en Church, P., y Gibson, R., eds. (1993), *Dirty Looks: Women, Pornography, and Power*, British Film Institute, Londres, pp. 47–49).

por una proporción relativamente pequeña de la población, feminista o no) fue un punto tan álgido, y por qué el nombre de Samois fue un talismán tan significativo.

En el momento de la conferencia de Barnard, la confrontación específica entre WAVPM y Samois se había generalizado. S/M se había convertido en un código para cualquier oposición feminista al credo antipornográfico. Dado que las feministas antipornográficas parecían incapaces de aceptar que pudiera haber alguna base racional para el desacuerdo, el S/M también funcionaba como una explicación para el comportamiento que aparentemente consideraban tanto inexplicable como despreciable. Dado el estigma del S/M, también era un insulto conveniente con el que tratar de desacreditar cualquier oposición. Las feministas que no estaban de acuerdo con el programa antiporno fueron acusadas de ser herramientas del patriarcado, incautas de los porteros, sadomasoquistas y otros pervertidos sexuales, izquierdistas, marxistas, académicas burguesas, liberales, libertarias, heterosexuales, lesbianas y antifeministas. Algunas de estas caracterizaciones (como académicos, heterosexuales, lesbianas, liberales, izquierdistas y algún que otro sadomasoquista) eran, por supuesto, ciertas, aunque no estaba claro por qué tendrían que servir para invalidar nuestros argumentos y afirmaciones empíricas. Algunas caracterizaciones eran erróneas, otras eran discutibles y muchas eran completamente estúpidas. Todas ellas se utilizaron para impugnar nuestro derecho a hablar sobre los diferentes temas y para excomunicarnos de las filas de las feministas legítimas. A las feministas que

se oponían al dogma antiporno a menudo se las llamaba sadomasoquistas o partidarias del sadomasoquismo, independientemente de sus verdaderas preferencias sexuales.⁵⁸ Este tipo de historias nolo se produjeron en Barnard, sino también en muchos otros lugares.

Barnard Redux

La Conferencia sobre Sexo de Barnard, al parecer, resultó ser el acto de apertura de una serie de conflictos similares. Como señaló Vance de forma perspicaz tras la conferencia de Barnard, «algunas feministas denunciaron estas tácticas, pero el hecho de que las personas que las habían utilizado no estuvieran totalmente desacreditadas garantizaba que se repetirían».⁵⁹ El principio había quedado establecido: En 1986 se repitieron cuando el Proyecto de Estudios de la Mujer de los Five Colleges celebró una conferencia titulada «Feminismo, sexualidad y poder» en Mount Holyoke. Yo había sido invitada a pronunciar el discurso principal sobre nuevas teorías de la sexualidad.

58 Leidholdt, D., y Raymond, J.G. (1989), *The Sexual Liberals and the Attack on Feminism*, Pergamon, Nueva York. Véase también Leidholdt, D. (1985), «A Small Group», *Off Our Backs*, núm. 10, p. 26; Hunter, N. (1985), «Sex-Baiting and Dangerous Bedfellows», *Off Our Backs*, núm. 7, p. 33; Hunter, N. (1985), «Modern McCarthyism», *Off Our Backs*, núm. 11, p. 26; y Duggan, L. (1985), «The Binds That Divide», *Off Our Backs*, núm. 11, p. 26.

59 Vance, «More Danger, More Pleasure», op. cit., p. xxi.

Los organizadores experimentaron algo muy diferente a lo que habían planeado, como informó Margaret Hunt en *Gay Community News*:

Más de un centenar de activistas feministas se reunieron en el Mt. Holyoke College para celebrar un simposio que pretendía explorar la variedad de ideas sobre las formas en que las prácticas sexuales se ven afectadas por la historia, la cultura y la política. Los organizadores de la conferencia tenían en mente un enfoque bastante amplio sobre qué es la sexualidad y el poder. Diseñaron un programa que incluía una cantidad sustancial de material sobre las formas en que la clase y la raza interactuaban con el género en la organización de la sexualidad y se preocuparon por representar una variedad de estilos de vida eróticos para evitar el sesgo occidental que prevalece en muchos estudios sobre la sexualidad. Lo que consiguieron fue una batalla campal en torno a la cuestión del sadomasoquismo lésbico, un tema que dominó tanto la conferencia que hizo que cualquiera de los demás asuntos se desvanecieran en la pulida carpintería neogótica del Monte Holyoke.⁶⁰

Después de esta debacle, Meryl Fingrudt, una de las organizadoras, se lamentó:

60 Hunt, M. (1986), «Discord in the Happy Valley: Report of a Conference on Feminism, Sexuality, and Power», *Gay Community News*, núm. 21.

El feminismo radical, tal como se ha presentado en nuestra conferencia, tiene un rango de visión muy estrecho... fue en el nivel de las libertades intelectuales y personales que estas feministas radicales me desesperaron. Las ponentes se negaron a salir de los temas sobre la pornografía y el sadomasoquismo y fueron francamente desagradables con sus hermanas. Se negaron a debatir o a sentarse en el mismo panel con cualquiera que sostuviera otro punto de vista. Sobre todo, fue desconcertante ver, con cada presentación sucesiva, tendencias increíblemente reducidas y específicamente trazadas en torno a las prácticas sexuales que eran permisibles si una quería ser una verdadera feminista... cualquier investigación que se proponga plantear preguntas sobre el contenido de estas categorías o incluso argumentar que estas son peligrosamente limitantes es tachada de no feminista, antifeminista o fascista.⁶¹

La conferencia de los Five Colleges terminó pareciéndose a Barnard, Acto II.⁶²

El Acto III se representó en Australia, en 1993, cuando varios académicos estadounidenses cuyo trabajo versaba sobre la sexualidad y los estudios LGBT fueron invitados al Humanities Research Centre (HRC) de la Australian

61 Fingrudt, M. (1987), «An Organizer», *Off Our Backs*, núm. 3, p. 24.

62 Fue en esta conferencia donde conocí a Eve Sedgwick. La ponencia de Eve se titulaba «Spanking and Poetry: Starting with the Fundamentals». Eve también fue atacada en parte de la cobertura de prensa por participar ostensiblemente en la conspiración S/M.

National University (ANU). Entre los becarios visitantes de Estados Unidos estaban Henry Abelove, D'Emilio, Duggan, David Halperin, Patton, Vance, Vicinus y yo. Varias feministas radicales australianas, como Sheila Jeffreys, Denise Thompson y Renate Klein, enviaron una carta al vicerrector de la universidad para protestar por nuestra presencia y atacar al HRC por habernos invitado. «Algunas de las mujeres invitadas», decía la carta, «mantienen lo que solo puede describirse como posiciones antifeministas [...]. En particular, queremos protestar enérgicamente contra la parcialidad del CDH al invitar a Gayle Rubin, Cindy Patton y Carol [sic] Vance a participar en la conferencia [...]. El trabajo de estas mujeres de Estados Unidos muestra un celo en la defensa de los significados y valores de la supremacía masculina que equivale a un antifeminismo absoluto».⁶³ Unos días más tarde, el *Sydney Star Observer* publicó un artículo con el titular «La ANU niega que las conferencias muestren antifeminismo». En el artículo se cita a Thompson diciendo: «Estas mujeres de Estados Unidos no solo carecen de toda capacidad de reflexión sobre cuestiones de sexo y poder, sino que además son antifeministas». Thompson también criticó a la ANU por

63 Varios Autores (1993), «A Protest at the Emphasis of the Humanities Research Centre's 1993 Conferences», Australian National University, 9 de marzo de 1993, p. 1. Véase Jeffreys, S. (1993), *The Lesbian Heresy: A Feminist Perspective on the Lesbian Sexual Revolution*, Spinifex, Melbourne, pp. 95–97.

«importar yanquis de décima categoría».⁶⁴ El HRC y la ANU mantuvieron sus invitaciones de forma educada, pero firme y continuaron con sus planes. Algunos de los compañeros visitantes nos llamamos a nosotros mismos los yanquis de décima categoría. Hubiera sido un gran nombre para una banda.

A lo largo de los años, muchos mini-Barnards han tenido lugar. Muchas de las que participaron en los ataques a Barnard, a la conferencia de los Five Colleges y al HRC siguen trabajando activamente en pos de los mismos objetivos, o de otros muy relacionados. Siguen tachando a cualquiera que no esté de acuerdo con ellas de antifeminista, sadomasoquista y partidaria de la violencia patriarcal.⁶⁵ Puede que oigamos hablar menos de ellas estos días porque muchas de ellas han abandonado el movimiento feminista como ámbito de acción para trabajar en el gobierno federal y en organizaciones internacionales no gubernamentales, donde influyen en decisiones de gran impacto público. La mayoría describe ahora su objetivo como la lucha contra el «tráfico sexual», al que contribuyen con la misma agenda que tenían sobre la pornografía y que ahora esperan codificar en la legislación y la política internacionales.⁶⁶ Algunos ejem-

64 Farrelly, B. (1993), «ANU denies conferences showcase anti-feminism», *Sydney Observer*.

65 Leidholdt y Raymond, *Sexual Liberals and the Attack on Feminism*, op. cit.

66 Esta organización hace campaña contra la despenalización de la prostitución, apoya la Ley Mann y la federalización de la aplicación

plos: Dorchon Leidholdt ayudó a fundar la Coalition Against Trafficking in Women [Coalición Internacional contra el Tráfico de Mujeres] (CATW) y ha sido su codirectora, Laura Lederer fue asesora principal sobre la trata de personas del subsecretario de Estado durante la administración Bush.

Repensar *Pensando el sexo*

Una vez que escribo un artículo, rara vez lo vuelvo a leer. Pero esta reedición en español me pareció un buen momento para reencontrarme con *Pensando el sexo*. A menudo me preguntan qué habría escrito de forma diferente. Hay una parte de mí que siempre quiere volver atrás y hacer otra edición de cualquier artículo que haya salido de mis manos, pero otra sabe que nunca podría arreglar la pieza. Cualquier revisión sería requeriría otro artículo, uno ambientado en tiempos tan diferentes como son los actuales. Pese a todo, habría hecho de manera diferente algunas cosas si hubiera sabido lo que sé ahora. Mis observaciones sobre la transexualidad, el trabajo sexual y la sexualidad de los jóvenes eran demasiado

de las leyes contra la prostitución. Jeffreys también participa actualmente en el activismo feminista contra la trata de personas y la prostitución. Véase Vance, en este número, y Rubin, G., «The Trouble with Trafficking: Afterthoughts on the Traffic in Women», en *Deviations: Essays in Sex, Gender, and Politics*, Duke University Press, Durham, de próxima publicación).

superficiales para temas tan complejos. Tampoco es posible subsanar aquí esas lagunas, sino que bastarán unos breves comentarios.

Toda teoría tiene lo que Max Weber denominó «hechos incómodos», ejemplos o datos que tensionan las posibilidades de un determinado esquema intelectual.⁶⁷ Tanto el trabajo sexual como la transexualidad son, en cierto sentido, esos «hechos incómodos», en el sentido de que revelan las limitaciones de los modelos teóricos y las distinciones conceptuales desarrolladas en *Pensando el sexo*. El ensayo tenía cosas útiles que decir sobre cada uno de ellos, y yo traté de señalar las formas en que cada uno no encajaba en el marco del argumento, aunque fui más explícita sobre la prostitución que sobre la transexualidad.⁶⁸ No obstante, ambos fenómenos superan los parámetros que el ensayo construyó con tanto cuidado.

Susan Stryker ha criticado con delicadeza *Pensando el sexo* por haber «categorizado claramente las prácticas transexuales como actos sexuales o eróticos más que como expresiones de la identidad de género o del sentido del yo». Además, lo ha hecho señalando que *Pensando el sexo* contribuyó a crear un marco analítico que las teorías trans tuvieron que superar:

67 Gerth, H.H. y Mills, C.W. (1958), *From Max Weber: Essays in Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, p. 147.

68 Para mis comentarios sobre la prostitución, véase Rubin, G., *Thinking Sex*, op. cit., pp. 286–287.

Cuando el movimiento transgénero empezó a cobrar fuerza a principios de la década de 1990, planteó a la nueva teoría queer un reto similar al que planteó la sexualidad al feminismo: se preguntaba si el marco de la sexualidad queer podía dar cuenta adecuadamente de los fenómenos trans, o si era necesario un nuevo marco de análisis. Estas son las preguntas que condujeron, en los años siguientes, al desarrollo del nuevo campo académico interdisciplinario de los estudios trans.⁶⁹

Por supuesto, Stryker tiene toda la razón en su crítica al tratamiento de la transexualidad en *Pensando el sexo* y en su observación de que «los fenómenos trans no son intrínsecamente sexuales (tienen más que ver, la mayoría de las veces, con los esquemas reguladores de la integridad corporal, la coherencia visual y la inteligibilidad burocrática que con formas de follar poco decorosas)». ⁷⁰ El contraste entre los estudios trans de ahora y las herramientas más burdas de las que se disponía a principios de la década de 1980 iluminan algunos de los cambios muy positivos que se han producido entretanto.

Dado que los estudios sobre transexualidad todavía no existían cuando escribí *Pensando el sexo*, disponía de recursos limitados para responder a la desagradable vena

69 Stryker, S. (2008), *Transgender History*, Seal, Berkeley, pp. 130–131.

70 Stryker, S. (2008), «Thoughts on Transgender Feminism and the Barnard Conference on Women», *Communication Review*, 11, p. 218.

del sentimiento antitransgénero que se había desarrollado dentro del feminismo en la década de los setenta y que Janice Raymond articuló de forma exhaustiva.⁷¹ Aunque quería socavar los cimientos sobre los que se construyeron esos gritos antitrans, había muchas estrategias alternativas que podría haber utilizado. Una de ellas habría sido basar mi argumento en las críticas centrales del feminismo a los roles de género y al determinismo anatómico, aunque eso habría complicado indebidamente otras agendas del ensayo.

Debo reiterar que el antifeminismo no era uno de mis objetivos. Aunque el ensayo se ha interpretado a veces como un rechazo del feminismo, yo lo veía completamente dentro de las mejores tradiciones del discurso feminista, particularmente el esfuerzo autocrítico constante hacia una mayor claridad analítica y precisión descriptiva sobre la desigualdad y la injusticia. Desgraciadamente, a medida

71 Raymond, J. (1979), *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male*, Teachers College Press, Nueva York. Véase también House, P. y Cowan, L. (1977), «Can Men Be Women? Some Lesbians Think So! Transsexuals in the Women's Movement», *Dyke, a Quarterly*, 5, pp. 29–35. Para consultar las respuestas a Raymond, véase Stone, S. (1991), «The “Empire” Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto», en Straub, K., y Epstein, J., eds., *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*, Routledge, Nueva York, pp. 280–304; y Riddell, C. (1980), *Divided Sisterhood: A Critical Review of Janice Raymond's «The Transsexual Empire»*, News from Nowhere, Liverpool. Raymond también se ha dedicado al activismo contra la prostitución y fue codirectora ejecutiva de la Coalition Against Trafficking in Women [Coalición contra la Trata de Mujeres] (CATW) de 1994 a 2007.

que el tiempo erosiona los detalles del contexto, estas conversaciones, internas al feminismo, se ven a menudo como más opuestas de lo que nunca pretendieron ser.⁷²

Luego están los niños. Claramente, subestimé el tamaño del inminente tsunami sobre la sexualidad de los jóvenes. Cuando terminé de escribir *Pensando el sexo* en 1983, los contornos del pánico a los niños estaban claros, pero su escala y duración no lo estaban tanto.⁷³ Los pánicos que parecían episódicos en 1983 son ahora una característica permanente de nuestro paisaje social y político. Cuando finalmente se escriba la historia del último cuarto de siglo, creo que uno de los rasgos distintivos de este período será la medida en que las preocupaciones legítimas por el bienestar sexual de los jóvenes han sido vehículos

72 Además, la política de las guerras sexuales llevó a algunos críticos a afirmar que yo había rechazado el feminismo en un intento de desacreditarme y de reforzar su argumento de que quienes no estaban de acuerdo con el análisis antipornográfico no eran feministas. Véase, por ejemplo, Jeffreys, *The Lesbian Heresy*, op. cit., p. 128; y *Anti-Climax*, op. cit., p. 274. Para una evaluación contrastada, véase la cuidadosa y detallada discusión de Annamarie Jagose sobre la relación de la teoría queer con el feminismo, en la que señala correctamente que se ha exagerado el abismo entre la teoría queer y el feminismo y comenta que *Pensando el sexo* fue «una intervención decididamente feminista». Jagose, (2009), «Feminism's Queer Theory», *Feminism & Psychology*, núm. 2, p. 165.

73 Best, J. (1990), *Threatened Children: Rhetoric and Concern about Child-Victims*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 23–24. Véase también Fass, P. (1997), *Kidnapped: Child Abduction in America*, Oxford University Press, Nueva York; y Mintz, S. (2004), *Huck's Raft: A History of American Childhood*, Harvard University Press, Cambridge, pp. 335–371.

para movilizaciones y políticas con consecuencias que van mucho más allá de sus objetivos explícitos, algunas bastante perjudiciales para los jóvenes a los que se supone que deben ayudar. La retórica de la protección de la infancia ha servido de base para desarrollar las agendas conservadoras en lo que respecta a la intensificación de la situación de subordinación de las mujeres, el refuerzo de las estructuras familiares jerárquicas, la restricción de la ciudadanía gay, la oposición a la educación sexual integral, la limitación de la disponibilidad de anticonceptivos y la restricción del aborto, especialmente para las mujeres jóvenes y las niñas.

Las leyes y políticas que supuestamente deben proteger a los niños se han utilizado para privar a los jóvenes de información y servicios sexuales apropiados para su edad y que desean ansiosamente. Las leyes que pretenden proteger a los niños y a los jóvenes, como los estatutos de pornografía infantil, redactados de forma muy amplia, se han utilizado para perseguirlos (por ejemplo, los casos en los que se ha acusado a menores de infringir la ley por enviar imágenes de sí mismos desnudos por mensaje de texto). Prácticamente todo, desde la promoción de la abstinencia hasta la prohibición del matrimonio y la adopción por parte de los homosexuales, puede ser y ha sido enmarcado como un mecanismo para la promoción de la seguridad y el bienestar de los niños.⁷⁴ Hace tiempo

74 Véase Burlein, A. (2002), *Lift High the Cross: Where White Supremacy and the Christian Right Converge*, Duke University Press, Durham;

que se necesita una evaluación crítica de los detalles, el impacto y el alcance de las leyes y políticas de protección de la infancia. Sin embargo, las personas que intentan llevar a cabo dicho análisis suelen ser atacadas y acusadas de apoyar el abuso de los niños.

A principios de la década de 1980 todavía se podía mantener un debate con ciertas reflexiones de altura sobre la sexualidad de los jóvenes. Ahora es cada vez más peligroso abordar las numerosas y complejas cuestiones sobre los niños, el sexo y los menores que deben debatirse a fondo y examinarse cuidadosamente: Entre ellas, qué tipo de información, servicios y comportamientos sexuales son apropiados para los jóvenes, y a qué edades; qué constituye el abuso sexual y cómo puede prevenirse y minimizarse; cómo deben aprender los jóvenes sobre el sexo; cuál es el papel adecuado de los adultos en la vida sexual y el aprendizaje de los niños; qué tipo de representaciones de la sexualidad deben estar a disposición de los menores, y a qué edades; ¿Deberían los menores sexualmente activos ser tratados de manera punitiva, y dónde está la línea entre la protección y el castigo? ¿De qué manera las políticas, el aparato legal y las estructuras del miedo que se han construido en las últimas décadas mejoran o dañan la experiencia de crecer? No tengo respuestas a todas estas preguntas, pero creo que es trágico que el debate sobre

Irvine, J. (2002), *Talk about Sex: The Battles over Sex Education in the United States*, University of California Press, Berkeley; y Levine, J. (2002), *Harmful to Minors: The Perils of Protecting Children from sex*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

la mayoría de estas cuestiones se haya reducido a una colección de burdas frases sonoras, estereotipos y tácticas para generar miedo que han sido cínicamente manipuladas para acosar al público y a los políticos en muchos cambios poco meditados que no han promovido la seguridad ni políticas sólidas para los menores.

Un ejemplo es una iniciativa de California en 1994, la doctrina ‘Three Strikes and You’re Out’, aprobada a raíz de un crimen horrible: el secuestro, la violación y el asesinato de una joven. Esta ley fue un ejemplo de cómo se produce el engaño: en lugar de proteger a los jóvenes de los violadores en serie, el efecto principal de la ley ha sido encarcelar a decenas de miles de californianos, muchos de ellos por cargos relativamente menores, como el consumo y la posesión de drogas. ‘Three Strikes’ ha contribuido a la expansión fuera de control de un vasto gulag carcelario y ha desviado recursos críticos que son necesarios en otros frentes, incluyendo uno de las más importantes para los niños: la educación primaria, secundaria y superior.⁷⁵

El miedo al secuestro sexual, la violación y el asesinato de niños por parte de extraños ha también modificado sustancialmente muchos ámbitos de la sociedad. Es una de las principales preocupaciones de los padres y

75 Véase Moore, M.J., ed. (2006), *The Legacy*; Gilmore, R.W. (2007), *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis, and Opposition in Globalizing California*, University of California Press, Berkeley; y Domanick, J. (2004), *Cruel Justice: Three Strikes and the Politics of Crime in America's Golden State*, University of California Press, Berkeley.

atormenta a los jóvenes. Sin embargo, es relativamente raro. Según *Newsweek*, cada año se ahogan más niños en las piscinas que los que son secuestrados por extraños.⁷⁶ Por un amplio margen, la principal causa de muerte entre los adolescentes son los accidentes de tráfico.⁷⁷ Sin embargo, la mayoría de la gente no tiene miedo de los coches, y pocos padres tienen tanto miedo de las piscinas como de los «delincuentes sexuales», que aparentemente acechan detrás de cada arbusto y farola. A pesar de que la mayoría de los abusos sexuales se cometen en el hogar y por miembros de la propia familia, la mayoría de los niños asesinados mueren a manos de sus padres, y la mayoría de los niños secuestrados son raptados por padres sin custodia, la familia sigue siendo descrita como un lugar seguro y a la que solo acechan extraños peligrosos. El creciente aparato de regulación y control adoptado para abordar estos problemas se dirige principalmente a dichos extraños. La «protección de la infancia» es un poco como el presupuesto de defensa, la burocracia de los servicios de inteligencia y las interminables guerras contra el terrorismo: hay cuestiones genuinas y problemas reales, pero gran parte de la respuesta consiste en una expansión institucional incontrolada, un gasto creciente de recursos, objetivos mal definidos y pocas formas eficaces de medir el éxito.

76 «What Should You Really Be Afraid Of?», *Newsweek*, 64, mayo de 2010, pp. 24-31.

77 Quindlen, A. (2007), «Driving to the Funeral», *Newsweek*, 80.

En su declaración sobre su taller de Barnard sobre la sexualidad de la infancia y la niñez, Kate Millett observó: «En resumen, hay una gran cantidad de políticas sexuales que frustran la expresión sexual de los niños y los jóvenes. Usted y yo viviremos para ver cómo se discute esto, casi por primera vez en la historia. Teniendo en cuenta que todos fuimos niños alguna vez, y si somos muy buenos, seguimos siendo niños, todos tenemos un interés en esto. La emancipación de los niños es nuestra emancipación en retrospectiva, y la del futuro también». ⁷⁸ Los comentarios de Millett —y algunos de los míos en *Pensando el sexo*— parecen ahora desesperadamente ingenuos y poco realistas. Pero tenía razón al señalar que todos los que hemos llegado a la edad adulta somos antiguos niños. Gran parte de mi preocupación en estas áreas es el resultado de haber crecido en los años 50, cuando era peligroso ser una adolescente sexualmente activa.

Como la mayoría de las chicas, tuve mucha experiencia tanto con los «placeres» como con los «peligros». Tuve que lidiar con mi cuota de sexo no deseado, pero también me encontré con muchas barreras para el sexo que realmente deseaba. Los anticonceptivos no estaban disponibles, el aborto era ilegal y la estigmatización de las jóvenes sexualmente activas era feroz. La educación sexual en la escuela consistía en una película sobre la menstruación, reforzada por la lectura encubierta de novelas de dudosa reputación como *El guardián entre el centeno* y la búsqueda de términos

78 Vance, *Diary*, 59.

sexuales en los raros ejemplares no abreviados del diccionario Webster. Quedarse embarazada era como estar en la ruina: cuando yo estaba en el instituto, las chicas que se quedaban embarazadas eran expulsadas inmediatamente. Perdían su oportunidad de seguir estudiando y se convertían en no-personas sociales, al menos en el universo de los que seguíamos en la escuela. El feminismo de la segunda ola fue en parte una reacción contra este régimen punitivo. Los conservadores, por su parte, trataron de reconstituir ese sistema social, e incluso fueron más allá, justificando su programa como necesario para proteger una noción sentimentalizada de la inocencia infantil.

Al escribir *Pensando el sexo*, vi vagamente los contornos de lo que iba a suceder, pero calculé mal su alcance, su persistencia y sus consecuencias. Mis comentarios sobre el sexo y los niños se hicieron en un contexto diferente, en el que asumí (erróneamente, como resultó ocurrir) que nadie imaginaría que apoyaba la violación de prepúberes. Incluso ahora, mientras escribo esto, soy consciente de que cualquier cosa que diga será interpretada de la peor manera posible por algún defensor de la antipornografía o una persona conservadora, y que las interpretaciones erróneas serán inevitables. Los niños no son, de hecho, un área importante de mi interés o competencia. Pero, ¿por qué la exploración de estos temas tiene que hacerse con tanta cautela y percibirse como tan peligrosa? El hecho de que lo sea es un indicio de que algo está muy mal.

Las cuestiones relacionadas con el espacio urbano han seguido siendo áreas importantes y duraderas de mi

interés en la investigación. Las partes de *Pensando el sexo* que más se relacionan con mi trabajo actual son las que surgieron de mi proyecto etnográfico sobre los hombres homosexuales en San Francisco, y ahora estoy más centrada que entonces en temas como las geografías de la ubicación sexual y la formación y disipación de los barrios gay. Aunque el término «gentrificación» se acuñó en la década de 1960, el estudio de la gentrificación apenas se estaba convirtiendo en un campo coherente a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, y solo había un puñado de estudios sobre la relación de los barrios y poblaciones gays en esa literatura emergente.⁷⁹ Todavía no estaba familiarizada con la literatura temprana sobre la gentrificación cuando escribí *Pensando el sexo*. Sin embargo, mi trabajo de campo había dejado claro que la ubicación de las poblaciones e instituciones homosexuales se encontraba sujeta a enormes conflictos sobre el uso del suelo y que los homosexuales acostumbraban a ser chivos expiatorios, supuestos culpables de que se produjera la crisis de la vivienda asequible en San Francisco.⁸⁰

79 Castells, M. (1983), «*The City and the Grassroots*», University of California Press, Berkeley, pp. 138–172; y Castells, M. y Murphy, K. (1982), «Organization of San Francisco's Gay Community», en Fainstein, N.I., y Fainstein, S.S., eds., *Urban Policy Under Capitalism*, Sage Publications, Beverly Hills, pp. 237–259.

80 Sobre la escalada de los costes de la vivienda a principios de los años ochenta, véase Fainstein, S.S., Fainstein, N.I., y Armistead, P.J. (1983), «San Francisco: Urban Transformation and the Local State», en Fainstein, S.S., Fainstein, N.I., Hill, R.C., Judd, D.R., y Smith, M.P., eds. (1986), *Restructuring the City: The Political*

Era aún más obvio que los grandes proyectos de reurbanización amenazaban los enclaves gays existentes y que el estigma sexual era un recurso fácilmente exploitable para poner el suelo a disposición de un desarrollo intensivo en capital. En 1984 comenté que zonas como Times Square, en Nueva York, y Tenderloin, North Beach y South of Market, en San Francisco, estaban a punto de ser «convertidas en centros de convenciones, hoteles internacionales, sedes corporativas y viviendas para los ricos».⁸¹ En la actualidad existe una considerable bibliografía sobre la transformación de Times Square, que incluye la elegíaca obra de Samuel Delany *Times Square Red, Times Square Blue*.⁸² En San Francisco, el Tenderloin y North Beach aún no han sido conquistados, pero South of Market, el lugar de mi investigación, ha sido reconstruido sustancialmente y socialmente. Las manzanas que antaño albergaban salas del sindicato marítimo y donde se congregaban los hombres homosexuales son ahora los emplazamientos de las torres de apartamentos de

Economy of Urban Redevelopment, Edición revisada, Longman, Nueva York, pp. 202–244.

81 Rubin, G., *Thinking Sex*, op. cit., pp. 296–297.

82 Delany, S.R. (1999), «*Times Square Red, Times Square Blue*», New York University Press, Nueva York. También, sobre el desarrollo de Times Square, véase Papayanis, M.A. (2000), «Sex and the Revanchist City: Zoning Out Pornography in New York», *Environment and Planning D: Space and Society*, 18, pp. 341–353; y Eeckhout, B. (2001), «The Disneyfication of Times Square: Back to the Future?», en Gotham, K.F., ed., *Critical Perspectives on Urban Redevelopment*, Elsevier Science, Oxford, pp. 379–428.

lujo. Además, los otros barrios gay de San Francisco de los años 60 y 70 han desaparecido o cada vez son más pequeños. Al releer *Pensando el sexo*, me sorprendió mi observación de que los barrios gays que podíamos dar por sentados a principios de la década de 1980 podrían ser temporales.⁸³ El desgaste de las concentraciones urbanas de gays a principios del siglo XXI se ha convertido en un serio reto para su vida social y sus aspiraciones políticas. Y las consecuencias potenciales de estos sucesos aún no se han articulado plenamente.

Uno de los aspectos del ensayo del que me siento más orgullosa es su «protoqueeridad». Quería llevar el debate sobre la política sexual más allá de temas aislados y de las circunscripciones únicas, desde las mujeres y las lesbianas y los hombres gays hasta los análisis que podrían incorporar y abordar con mayor complejidad las identificaciones cruzadas y las posiciones de sujetos múltiples que la mayoría de nosotras ocupamos. Sigo creyendo que nuestras mejores esperanzas políticas para el futuro residen en la búsqueda de un terreno común y en la creación de coaliciones basadas en el respeto mutuo y la apreciación de las diferencias, y que el mejor trabajo intelectual es el capaz de acomodar la complejidad, atesorar los matices y resistir las tentaciones del dogma y la simplificación excesiva.

83 Rubin, G., *Thinking Sex*, op. cit., p. 296.